

ENTREVISTA

Tiempos (*pos*)modernos

(Entrevista con Jeremy Rifkin)¹

ANTONELLA ATTILI²

UAM-Iztapalapa, México

A Pablo Pascual Moncayo

El fin del trabajo (Paidós, 1996) está muy lejos de presentarnos una utopía social donde se logre la liberación de los hombres de la necesidad y del peso de laborar, de la enajenación que produce el mercado, de la explotación de los trabajadores. En este texto, J. Rifkin, presidente de la Foundation on Economics Trends de Washington D.C., denuncia el fin del trabajo, como concepto y como práctica tal como hemos estado acostumbrados a percibirlo: paulatina pero in-

eludible eliminación de los trabajadores del proceso de producción, altos índices de desempleo no reducibles desde el interior de la lógica del mercado, desesperación social y depresión humana, horizonte político y social crítico para el tercer milenio... A menos que nos atrevamos a modificar sustancialmente el enfoque cultural (en sentido amplio) para elaborar las políticas económicas a la altura de los retos que trae consigo la era del posmercado.

Pregunta. Usted subraya que la tercera revolución tecnológica nos enfrenta a procesos de transformación que no pueden ni deberían ser considerados del mismo tipo que el de las revoluciones anteriores, a saber, la industrial y la eléctrica, debido a los peculiares alcances de esta tecnología. ¿Cuáles son los efectos que la hacen incommensurable y por qué?

Respuesta. La era industrial se basa en el uso de mano de obra masiva para producir bienes y servicios. La era de la información, en contraste, se basa en la utilización de fuerzas de trabajo pequeñas y cada vez menores, de élite, pues emplea máquinas cada vez más inteligentes y sofisticadas. Esto es central para entender lo que está sucediendo.

Pensemos en el área de manufactura y servicios. Por ejemplo, en la década de los sesenta, Estados Unidos era una nación de fábricas; una tercera parte de nuestros empleados trabajaban en las plantas y forjaron toda una cultura. Hoy en día hemos reducido esa fuerza laboral al 17 % de la fuerza total de trabajo y seguimos siendo la primera potencia manufacturera mundial. Lo estamos haciendo con menos gente, pero con más

tecnología. Dentro de diez años sólo el 2 % de los trabajadores estarán en las plantas y seguiremos siendo potencia mundial.

Antes del año 2020 asistiremos a la virtual eliminación de los obreros que trabajan en una planta. Este es un cambio realmente abrumador: dentro de 25 años, menos del 2 % de la fuerza laboral trabajará en las plantas.

Si echamos un vistazo a las maquiladoras en el norte de México, nos daremos cuenta de que se están automatizando rápidamente, empleando tecnologías más sofisticadas y disminuyendo el número de trabajadores. Y esto acontece en todos los países, tanto en los desarrollados como en los subdesarrollados.

Éste no es el único cambio; está acompañado por cambios todavía más profundos. Solíamos pensar que si alguien pierde el trabajo en la fábrica, se le puede capacitar en el sector de servicios, pero la nueva revolución tecnológica está penetrando ampliamente al área de servicios, de la banca, de las finanzas, los seguros, sectores de ventas al por mayor y al por menor, todos están siendo rediseñados, se están deconstruyendo.

Las grandes compañías están tratando de aplanar la pirámide corporativa, de eliminar los diferentes estratos de la infraestructura. El objetivo es crear una compañía horizontal que ni siquiera va a ser propiamente «compañía»; se le llama compañía «virtual», que más que nada es una red. Es una organización más temporal que espacial. Estas redes estratégicas que se están creando, están constituidas por una élite empresarial muy pequeña, un cuerpo de profesionales y técnicos, y una fuerza de trabajo justo-a-tiempo;³ una fuerza de trabajo temporal, externa, *part time*, *free lance*, que es flexible y adecuada para llevar a cabo la producción justo-a-tiempo, el inventario justo-a-tiempo, mercado justo-a-tiempo en la cultura del nanosegundo. En los próximos 25 años, la manufactura tiende hacia fábricas casi sin empleados. Y también en la industria de los servicios vamos hacia las compañías virtuales o pequeñas redes; en ambos casos se requieren cada vez menos empleados. México se orienta en la misma dirección.

Sin embargo, un nuevo sector está surgiendo y se le denomina «el sector del conocimiento», que es el sector esencial de empleo en la era de la información. Muchos líderes políticos y economistas creen que podrán crear tantas nuevas oportunidades de trabajo en el nuevo sector del conocimiento, como se vayan perdiendo empleos en el sector industrial. Ésa es su esperanza. Muchos líderes políticos en México, en Estados Unidos y en otras latitudes dicen que todo lo que tenemos que hacer es elevar el nivel de habilidad de nuestra fuerza de trabajo para que tengan la formación requerida para asumir las nuevas funciones de trabajo.

Sin embargo, yo creo que, incluso si se pudiera recapacitar a toda la fuerza de trabajo en México para que trabaje en el sector del conocimiento (ingenieros, científicos, programadores, educadores, profesionistas, consultores); aunque pudiéramos recapacitar a toda la fuerza laboral en todos los países —lo cual es imposible, ya que muchos de estos trabajos requieren de educación avanzada—, es verosímil que nunca, en ningún país, existan suficientes empleos en dicho sector del conocimiento para absorber los millones de desempleados que saldrán del área servicios y manufactura.

Y la razón medular —nuevamente— es que, en la era de la información pasa exactamente lo contrario con respecto a la era industrial: con tecnología siempre más sofisticada se necesitan menos trabajadores; necesitamos los mejores ingenieros, pero ya tenemos diseño por computadora haciendo lo que el ingeniero promedio hacía hace diez años; necesitamos mejores contadores, doctores, abogados, pero ya tenemos *software*

para diagnósticos haciendo lo que un médico internista hacía cinco años atrás. Así que, a medida que las tecnologías se vayan sofisticando, las máquinas inteligentes podrán ser capaces de hacer la mayor parte del trabajo conceptual, profesional y técnico de la civilización.

A nivel antropológico —ya que a usted le gusta la imagen global— la era industrial terminó con la esclavitud; la era de la información muy probablemente terminará con la mano de obra asalariada. Podemos pensar que es un futuro potencial aterrador; o puede ser visto como uno de los más grandes retos y oportunidades en la historia de la civilización.

El problema es que no estamos planteando las preguntas arduas que nos permitan transformar este momento en una oportunidad y un renacimiento. ¡Ni siquiera hemos empezado a plantearlas! Como resultado —lo veo en todos los países que he visitado— existe una polarización muy marcada y en aumento en la sociedad en la medida en que entramos en la era de la información. Al 20 % de la fuerza de trabajo en los niveles más altos en este país y en el mío les va bien. Muchas de estas personas —muchos profesionales— tienen más en común, incluso aquí, con su dirección virtual que con su situación geográfica: están conectados con la nueva aldea global. Pero el 80 % de la fuerza laboral industrial de los niveles inferiores en todos los países, desde la administración media hasta la base, están siendo rápidamente marginados de la clase media y trabajadora. Hay bajos salarios contra mayor productividad, más subempleo y más trabajadores eventuales y temporales, y más desempleo. Esto sucede en México, pero no sólo aquí sino en todos lados. Cada vez hay más inquietud social, más ira, más amargura, más furia, más desesperación, más inestabilidad política debido a esta intranquilidad social; hay más delitos, el surgimiento de una cultura de la ilegalidad, el riesgo de la pérdida de la democracia. Mas no tiene que ser así.

P. ¿Qué perspectivas abre un marco como el que acaba de describir? ¿Qué implicaciones tiene para la idea misma de trabajo, para la idea de sociedad y de política?

R. Tres estadísticas nos dicen todo lo que hay que decir en el paso del final de la era industrial al inicio de la era de la información y desde las cuales se pueden plantear tres preguntas.

Actualmente hay mil millones de personas subempleadas o desempleadas en este planeta: ¡mil millones! Eso es lo mejor que pudo hacer la revolución industrial. Mi pregunta, dirigida a muchos de los economistas y políticos, es: si esto fue el mayor logro de la revolución industrial, basada en fuerza laboral masiva, ¿hay alguien que realmente crea que la era de la información será mejor que la anterior en la creación de puestos de trabajo, cuando nos movemos hacia la fuerza laboral de élite?

Una segunda estadística a la que quiero hacer referencia nos dice que el 75 % de los empleos de nuestra economía global son tareas sencillas y repetitivas; que se pueden sustituir con la tecnología existente. Ni siquiera hemos empezado esta revolución tecnológica, nos encontramos apenas en sus primeras etapas.

La tercera estadística es la más escalofriante y proviene de un dato señalado por el *Financial Times*: si combinamos la riqueza de las 356 personas más ricas del planeta, el día de hoy, ésta sería igual a la que tiene el 40 % de la humanidad, a saber, 2.500 millones de personas.

Estas estadísticas nos dicen dónde nos encontramos exactamente. Así que, si queremos evitar un mundo peligrosamente polarizado —que en realidad ya está aquí—, hay que preguntarse qué vamos a hacer con los millones de jóvenes que van a ser menos o para nada requeridos en una economía global automatizada. Es la primera pregunta.

La segunda pregunta sería, en cada país: ¿cómo podemos propiciar un debate acerca de cómo compartir mejor las vastas ganancias potenciales de la productividad de esta revolución tecnológica, de modo tal que beneficie no sólo a una élite sino que beneficie a todos en México?

Éstos son los problemas políticos más importantes que tienen que enfrentar todas las naciones. Y deben ser considerados prioritarios porque cuanto más sigamos negando esta realidad y nos sigamos escondiendo en nuestros antiguos supuestos, veremos más desesperación, angustia y frustración; y, si esperamos demasiado, en algunos años la rabia puede ser tan fuerte y el disenso tan amargo, que quizá nunca se pueda llegar a tener un debate racional y sobrio, ya que la política del odio extremo será demasiado fuerte.

Entonces debemos aprovechar este momento, al entrar en el siglo XXI y en la era de la información, para plantearnos estas dos preguntas. Creo que podría haber un renacimiento, que podríamos liberar a cientos de millones de personas del trabajo de mercado. Pero es necesario preguntarse cómo lograrlo.

P. Después de preguntarse por un desempleo no superable al interior del marco existente y por la necesidad de pensar en cómo compartir las ganancias de la productividad, la tercera pregunta a la que su planteamiento intenta contestar embiste al mercado mismo. ¿Cuáles son sus respuestas?

R. Lo que propongo en mi libro es que tenemos que analizar la respuesta del mercado y la respuesta más allá del mercado. Está en el interés de todo empleador en el mundo el compartir las ganancias que va a traer consigo esta revolución tecnológica. Quiero comentarles lo que los líderes empresariales me han dicho en privado, pero que nunca dicen públicamente, porque nos muestra claramente las oportunidades que tenemos y el desafío. Todos los hombres de negocios con los que trato, afirman que quieren reducir el costo del trabajo, mejorar sus márgenes de utilidad. Y siguen cortando el costo del trabajo e introduciendo nuevas tecnologías más eficientes, más económicas; el problema es que eso puede funcionar a un micronivel para la compañía, pero no funciona a nivel macro para la economía. Pero empiezan a darse cuenta de la presencia de dos talones de Aquiles, como resultado de este cambio de trabajo masivo a trabajo de élite.

En primer lugar hay una pérdida de poder adquisitivo: los trabajadores no sólo son tales, sino también consumidores de bienes y servicios producidos por esta nueva economía de la era de la información. Así, cuando los patrones marginan a sus empleados y los convierten en empleados justo-a-tiempo o en desempleados para dar cabida a las nuevas tecnologías, están erosionando poco a poco la base del poder adquisitivo que es esencial para poder comprar los bienes y servicios. Si observamos las economías de México, Estados Unidos, Europa, Japón, veremos que las economías se están aplanando cada vez más, se está perdiendo el poder adquisitivo.

Lo mismo ocurrió en la década de los veinte, cuando, con la segunda revolución industrial, la electricidad sustituyó la máquina de vapor. Hubo un profundo cambio

tecnológico: los patrones empezaron a despedir empleados porque la tecnología realizaba el trabajo de éstos. Hubo una crisis del consumo: la gente no estaba comprando, porque no había suficiente dinero y, con la finalidad de compensar la crisis, los bancos crearon el crédito a plazos: la idea para hacer que la gente ahorrara menos y comprara más, para compensar la falta de consumo por parte de los desempleados. Para 1929 la casa de naipes se colapsó: excesiva extensión de créditos. Hubo una depresión mundial y una guerra mundial; millones de personas murieron.

Sólo después de la Segunda Guerra Mundial se creó un nuevo contrato social. Cuando regresaron los militares de la guerra, se organizaron en sindicatos: hubo huelgas en todo el mundo. Los jóvenes que habían regresado de la guerra exigían compartir las ganancias y, huelga tras huelga, se negoció un nuevo contrato social en muchos países entre la dirección y los trabajadores. No se logró sino hasta los cincuenta y luego tuvimos treinta años de relativa prosperidad —la más grande en la historia— porque se logró establecer un nuevo contrato social; aunque sólo después de la depresión y de la Segunda Guerra Mundial y de tantos muertos. Todo ese tiempo nos tomó. Ahora vivimos una situación similar. No existe suficiente demanda de consumo porque demasiada gente está siendo marginada en el mercado de trabajo.

El segundo talón de Aquiles que comentan los hombres de negocios a nivel privado es muy importante para México: aquí se acaba de aprobar una ley que va a permitir a las compañías la creación de fondos de pensión privados. Lo están haciendo porque requieren de nueva inversión y esperan que los trabajadores, a través de sus fondos de pensión y los pagos diferidos, puedan proporcionar cantidades enormes de fondo de inversiones a largo plazo para invertirlo en la economía mexicana.

De esta manera, los trabajadores no sólo son los consumidores sino los inversionistas principales en el sistema de capital en todo el mundo, a través de los fondos de pensión. Ha habido una revolución en la propiedad en un lapso de cuarenta años que no ha sido reconocida: los trabajadores son los nuevos propietarios del sistema de capital, pero carecen de control sobre la decisión de cómo se están invirtiendo sus fondos de pensión.

Entonces tenemos una situación muy extraña, en la que un trabajador da su fondo de pensión y ahorros a los seguros y a los bancos; éstos lo invierten en nueva tecnología que, por su parte, crea desempleo: el dinero de los trabajadores es usado para quitarles su trabajo.

Los fondos de pensión en Estados Unidos tienen un valor de casi seis mil millones: el 74 % de los ahorros netos individuales está conformado por los fondos de pensión de los trabajadores, éstos representan alrededor de un tercio de las acciones de las empresas y casi el 40 % de los bonos de la empresa en circulación. Valen un tercio de la totalidad de los activos financieros de la economía estadounidense.⁴ Es también el caso de otros países.

Estos dos talones de Aquiles —la pérdida de poder adquisitivo y el capital de inversión— son objeto de todas las discusiones entre los políticos acerca de la reducción del déficit, el equilibrio del presupuesto, las tasas de interés.

Las empresas con las que trabajo entienden esto que afirmo, pero no ha llegado a la discusión pública. Y lo menciono porque me da la oportunidad para decir que es el momento para que la dirección se siente a la mesa a repensar el contrato social con los trabajadores en todos los países, porque si no todos pierden. Compartir las utilidades no

tiene que ver con ser un buen hombre, sino con que la economía sobreviva y florezca. ¿Cómo compartir las utilidades?

Aprendemos de la historia. En la revolución industrial, cuando la nueva tecnología aumentaba la productividad, los trabajadores vieron eso como una salvación, una liberación del trabajo. La generación de mis padres creía que uno trabaja para vivir. Entonces consideraban la tecnología como una salvación: exigieron que la tecnología los liberara, con semanas laborales más cortas y mejores salarios: integraron sindicatos, presionaron a los gobiernos y a las direcciones de las empresas en todos los países y redujeron la semana laboral en una tercera parte, de 60 a 40 horas, e incrementaron el salario en todos los países. Así es como juzgamos el éxito de la segunda revolución industrial del siglo XX.

La pregunta que planteo es: ¿qué es lo que está mal en esta generación? ¿Por qué no estamos aprovechando la experiencia que tenemos para por lo menos mantener los mismos estándares usados por nuestros abuelos y padres en la era industrial? Si creemos que esta revolución tecnológica va a ser por lo menos tan productiva como la anterior —y quizá lo sea mucho más—, entonces deberíamos reducir la semana laboral a un tercio, deberíamos tener una semana laboral de 30 horas y quizá de 25 horas para el siguiente siglo.

La tecnología libera a los trabajadores, por eso se le llama «tecnología que ahorra mano de obra». La cuestión no es tiempo libre, sino la disyuntiva entre líneas de desempleo u ocio: si se comparten las utilidades, la economía avanza; si no las compartimos, se colapsa, como sucedió durante la depresión en la Primera Guerra Mundial.

Para los padres que trabajan —Ud. habló de cultura— la más importante aportación de esta revolución tecnológica es liberar a los padres para que puedan estar en casa con sus hijos, renovar a la familia, institución que en todo el mundo está pasando por una crisis. Tenemos hogares de madre o padre solteros y tenemos dos padres trabajando —cuando hace treinta años era uno— para ganar dinero suficiente para sobrevivir; hay personas que trabajan hasta el agotamiento, mientras otros están subempleados y en ambos casos los hijos sufren.

La fórmula debería ser: trabaja seis horas, cuando tu hijo está en la escuela, después vienes a casa cuando tu hijo regresa de la escuela. Así de sencillo.

Ésta es la mejor ruta para renovar la familia y los vínculos entre las generaciones. Es posible hacerlo, pero ¿cómo convencemos a los patrones de que reduzcan la semana laboral e incrementen el salario? Van a decir: «no podemos, no podríamos ser competitivos». Pero lo pueden hacer y les voy a demostrar cómo. Ningún director de empresa me ha dicho que no es posible después de haberle explicado. Los líderes empresariales pueden hacerlo. Voy a poner algunos ejemplos.

Empresas muy importantes como Hewlett Packard en Grenoble, Francia, y BMW en Alemania redujeron la semana laboral de cinco a cuatro días, y siguen pagando a los empleados como si siguieran trabajando cinco días. Lo hicieron de la siguiente manera: hablaron con los sindicatos y les propusieron un trato, y les dijeron que si bien ellos tienen alta tecnología, muy productiva, no la tenían operando las 24 horas del día. Si aceptaban los turnos diferidos, de manera que la tecnología opere las 24 horas, se compartirían parte de las ganancias con los accionistas y el resto se daría a los empleados, pues se duplicaría la productividad. Ahora hay un nuevo trato. Mañana en la mañana se podría hacer esto mismo en muchas empresas de México. Se debe pensar en términos

más sofisticados, aprender de las tecnologías y no apegarnos a viejas maneras de pensar que no se ajustan a esta nueva revolución tecnológica.

Una segunda idea se me ocurrió después de las elecciones presidenciales en Francia, entre Chirac y Jospin. Arthur Anderson, un consultor *part time* en París, fue quien dio con esta idea; yo voy a darle mi versión, un poco mejorada.

¿Qué podría decir el gobierno mexicano a los empleadores, a los patrones mexicanos? Que queremos sentarlos a la mesa con los trabajadores para renegociar el contrato social, en el interés de México. Queremos encontrar la manera de compartir las ganancias de productividad reduciendo la semana laboral, haciendo que más gente trabaje y que todo mundo reciba su salario para llevar dinero a casa y comprar bienes y servicios. Nosotros, el gobierno mexicano, queremos jugar un papel de catalizador empresarial en la búsqueda de un nuevo acuerdo para solucionar el problema. Les decimos a las compañías: ustedes voluntariamente reducen su semana laboral al 50 %, para que puedan contratar más gente o por lo menos para que no haya más despidos.

En segundo lugar, ustedes planificarán voluntariamente un programa de reparto de las utilidades para que los trabajadores también sean accionistas de la empresa, para que corran el riesgo pero que disfruten de los beneficios. Tercera medida —y ésta es la más complicada—: acordar una fórmula mediante la cual la compensación que se dé a la dirección gerencial no sea tan desigual con la que reciben el resto de sus trabajadores. Difícil. ¿Por qué alguna compañía mexicana aceptaría voluntariamente recortar la semana laboral, construir un plan de reparto de utilidades y acordar una forma adecuada de compensación?

El Gobierno puede decir: háganlo y nosotros pagaremos hasta el último peso de impuesto sobre la nómina para su empresa. No sé de ninguna compañía que rechazara este trato porque es un incentivo tan poderoso que si uno lo rechaza pierde competitividad; los inversionistas, los accionistas, lo despedirían como director general por no aceptar una oferta que los haría más competitivos. Pero a cambio tienen que compartir las utilidades con los trabajadores, para que se preserve el poder adquisitivo, se mantenga la economía y las inversiones a través de los fondos de pensión. Ahora, el Gobierno perdería sus ingresos del erario: ¿cómo va a pagar los impuestos sobre la nómina si pierde muchos ingresos? ¿Cómo va a equilibrar el presupuesto?

Lo que se les ocurrió a los franceses es que el Gobierno se rehace de los ingresos captándolos por otro lado: hay más gente que trabaja (gracias a la semana laboral recordada), hay menos personas que están recibiendo ayuda social, la gente recibe sus salarios, compra bienes y servicios en una economía local y en consecuencia paga más impuestos al Gobierno. La primavera pasada Phillipe Sagan, presidente de la Asamblea Nacional, me invitó de nuevo a Francia: repropusimos esta idea a los líderes de los trabajadores, a los empresariales y políticos, y acaban de legislarla en agosto. Les dijeron a las compañías francesas que redujeran la semana laboral en un 15 % —una reducción considerable— para que puedan contratar más empleados; nosotros les vamos a pagar los impuestos sobre nómina: el 50 % el primer año, el 40 % los siguientes cinco años. Su gobierno puede hacer esto mismo mañana en la mañana.

Éstos son algunos caminos —se indican más en el libro— en los que la dirección empresarial, el gobierno y los trabajadores pueden colaborar y encontrar valores creativos para compartir las vastas ganancias con los trabajadores, para tener mejor paga y para poder, al mismo tiempo, seguir manteniendo la ventajas competitivas en los merca-

dos doméstico y global. Se requiere de una cierta sofisticación y también de la disposición a intentar nuevas soluciones. De no hacerlo así, pues, van a fracasar. Estas nuevas propuestas pueden funcionar.

Ésta es una solución de mercado. Sin embargo, no es suficiente porque habrá millones de personas que ya no van a ser necesarias en el mercado laboral, pese a la reducción de la semana laboral. Se podrá absorber parte de la fuerza de trabajo, pero no toda. ¿Cómo resolver el problema de millones de jóvenes que no serán necesarios para el mercado laboral? Esto nos conduce a un cambio más drástico.

Por lo general pensamos que la solución a este tipo de problemas reside en el gobierno o en el mercado. Siempre tenemos esta visión de la sociedad entre los polos de gobierno y mercado: si uno se inclina ideológicamente hacia la derecha y vota por el partido político que representa el mercado, el mercado da la respuesta; si nos ubicamos más a la izquierda, vamos por el partido político del gobierno, el gobierno proporcionará la solución. Mas ninguno de los dos sectores, ni por sí solos ni juntos, lo va a lograr.

El mercado se está automatizando, globalizando, y está pasando, decíamos, de un trabajo masivo a un trabajo de élite; no se pueden generar todos los empleos necesarios. El gobierno se está encogiendo y redimensionando y ya no puede ser el empleador de último recurso. Entonces, el gran viraje consiste en que debemos romper con el paradigma político y entender que en México hay tres sectores, y no sólo dos. Con esto se nos abre la puerta para una discusión política totalmente nueva. Podemos repensar el contrato social, la naturaleza del trabajo y podemos buscar la respuesta más allá del mercado. Tenemos que entender que en México, como en todos los países, hay tres sectores.

P. Sobre la dificultad de los políticos de poner en práctica medidas que se orientan en el sentido de su propuesta: en su libro usted señala varias medidas recomendables para políticos, economistas, y acaba de mencionar varias. ¿Por qué los gobiernos en escala amplia no aplican decidida y ampliamente tales medidas? ¿Su incapacidad es debida a una visión equivocada y de corto plazo, o bien por la imposibilidad de actuar por la presencia de los poderosos centros financieros?

R. No. Mi esposa, que es escritora y tiene este antecedente de periodista, y yo tenemos muchas discusiones al respecto. Yo digo que ellos son ingenuos y ella dice que no son ellos los ingenuos, sino yo. Creo que es una combinación de ambas versiones.

En el segundo capítulo —bastante tedioso— hablo extensamente de los presupuestos centrales de la economía neoclásica, porque casi todos los líderes políticos siguen todavía los conceptos de la economía clásica y neoclásica en materia de creación de empleos. Creen realmente que crearemos más trabajos de los que destruimos. En gran medida se basan en la filosofía de Jean Baptiste Say, economista francés de principios del siglo XIX, que originó lo que ahora conocemos como la teoría del excedente.

Se parte de la suposición de que las tecnologías incrementan la productividad; cuando ello sucede, el costo por unidad de producción disminuye y, luego, ello crea una nueva demanda de productos y nuevos mercados. Cuando éstos se crean, se necesita más gente que trabaje para crear esos bienes y servicios. E incluso, si mucha gente es despedida y es sustituida por las nuevas tecnologías, sucede que cuando mucha gente esté desempleada los salarios bajan mucho y la mano de obra es tan barata que es más conveniente recontratar a los trabajadores y sustituir nuevamente a las máquinas. Éstos

son los argumentos esenciales sobre los que muchos líderes políticos siguen apoyando sus suposiciones sobre el desempleo. Le voy a dar un ejemplo —que por cierto no he mencionado durante toda esta semana—: hace como un año y medio debatí con Laura Tyson, que era la economista principal de la Casa Blanca hasta hace pocas semanas. Me dijo que donde mi tesis no se sostiene es en este punto: yo no habría tomado en cuenta la imaginación humana ante la que se abre un nuevo mercado; no estamos estancados: si la historia es una guía, vamos a crear todo tipo de nuevos servicios y bienes que nunca se nos hubieran ocurrido y crearemos nuevos empleos. Podría hacer la analogía —que ella no usó— con la superación de los carruajes tirados por caballos, cuando mucha gente perdió su empleo, pero encontró trabajo en las fábricas de automóviles. La pregunta, entonces, es: ¿por qué no estamos creando suficientes empleos en la era de la información?

En primer lugar, si somos empresarios y estamos creando nuevos productos en la era de la información, vamos a manufacturarlos en una fábrica casi sin empleados y a colocarlos en el mercado con una compañía virtual; los empleos que crearemos son de fuerza de trabajo de élite. Nunca veremos a miles de personas salir de los zaguanes de una empresa de ingeniería genética.

Hablemos de esto en los detalles. Y recuerde que ya dije que el sector del conocimiento significa menos empleos, no más. Vamos a necesitar a los mejores y más brillantes, pero tendremos dígitos de ceros y unos haciendo gran parte del trabajo conceptual. Refirámonos a la venta por televisión. Mucha gente dijo que el ciberespacio iba a crear todo tipo de nuevos empleos. ¿Qué pasa con el telemercado? (Ese collar que gira y gira, da vueltas y vueltas en la tele. ¡No sé quién ve eso! De verdad, aterra.) Pero puede haber cien canales de telemercado, con servicios computadorizados interactivos y que se compre con tarjeta de crédito, etc. Sí, se están creando empleos, pero son muy pocos en comparación con los millones de trabajadores de la venta al menudeo que trabajarán *menos o nada*, porque la gente comprará más desde el hogar y no en las tiendas.

Lo anterior puede referirse a toda la industria, en cualquier sector. Lo importante es que muchos políticos y los economistas siguen los supuestos de la economía clásica y neoclásica, según los cuales la economía siempre es un periodo de creación y destrucción, y que en esencia crea más trabajos de los que elimina. Pero esto pudo ser verdad para parte de la era industrial, mas no es cierto en la era de la información; ni siquiera fue totalmente cierto en el último periodo de la era industrial.

Si observamos el periodo entre la década de los veinte hasta la llegada de la era de la información, ciertamente la segunda revolución industrial creó muchísimos empleos pero no los suficientes. Lo decía anteriormente: nos olvidamos de que si no fuera por el empleo público, si el Gobierno no hubiera sido el empleador de última instancia, nunca habiéramos podido dar trabajo a todo el mundo. El 17 % de nuestra fuerza laboral trabaja para el Gobierno; también en México debe de representar un porcentaje muy alto. ¿Puede imaginarse al mercado dando trabajo a toda esta gente? Y el Gobierno subsidiando la creación de nuevas industrias. Si hubiésemos eliminado al Gobierno, el mercado por sí solo nunca habría creado suficientes empleos para dar cabida a quienes trabajan ahí.

Quizá esto contesta su pregunta. Tenemos que repensar esas viejas concepciones agotadas de la economía que ya no se sostienen. No soy el único ni el primero que dice

todo esto: Robert Heilbroner, gran economista; Vassily Leontiev, premio Nobel de Economía, me precedieron en la propuesta.

P. Querría preguntarle, entonces, sobre el corazón de su propuesta, la parte más propositiva, acerca del sector terciario o de los servicios. ¿Puede convertirse en el camino de transformación del trabajo, de esta nueva naturaleza del trabajo y de la economía, para reintroducir crecimiento estable y perspectivas de futuro económico social? ¿Cómo?

R. Sí, creo que es posible, si bien ello no significa que así será. Tenemos que romper con el paradigma político, como dije, y pensar en términos de una política de los tres sectores. Es un cambio profundo.

Casi todos los países del mundo tienen tres sectores, exceptuando a los comunistas. El sector del mercado crea trabajos de mercado y capital de mercado; el gobierno crea trabajos públicos y capital público; la sociedad civil crea capital social, trabajo remunerado y voluntario. Hay miles y miles de organizaciones del tercer sector en este país. Las organizaciones del tercer sector son todas aquellas asociaciones y organizaciones que son no lucrativas o que no son agencias gubernamentales: los grupos artísticos, educativos, deportivos, los organismos no gubernamentales, los de derechos humanos, los ambientalistas, las asociaciones de vecinos, los grupos de jóvenes, los grupos religiosos, los seculares. Si mañana en la mañana usted se despertara aquí en la Ciudad de México y todas las organizaciones de este tipo hubieran desaparecido de la noche a la mañana, ¿cuánto tiempo cree usted que sobreviviría el país? ¿Un día? ¿Dos? Y así es en cualquier país.

Éste es el sector olvidado. También hay un fuerte sesgo de género que nos dice por qué: este sector ha sido manejado básicamente por mujeres y por eso se tendió a marginarlo en este siglo. Ahora estamos empezando a entender que no es el tercer sector sino que es el primero.

Gracias a la antropología cultural se sabe que en la historia la comunidad siempre es anterior a los mercados y a los gobiernos. Toda cultura en la historia ha sido iniciada primero por una comunidad y por intercambios sociales, y únicamente cuando dicho pago social es suficientemente cohesivo, entonces se puede desarrollar un mercado y formar algún tipo de gobierno. Lo que ha sucedido en este siglo es que hemos echado a un lado este sector y hemos puesto al mercado y al gobierno en el centro. Así que ahora pensamos que un mercado fuerte es lo primero y que luego esto crea una comunidad fuerte: totalmente equivocado. Es al revés. Así que lo que digo a líderes empresariales, gubernamentales y laborales es que deben entender que el mercado y el gobierno se derivan de la comunidad.

Creo que asistiremos al surgimiento de este tercer sector —repito— como el centro de una política nueva de cualquier ciudad, comunidad y país. Por eso hay más interés en lo que digo que en el diagnóstico —cosa que sorprende a los editores—. Y la razón reside en que este sector se encuentra en un estatus neocolonial, así ha sido casi todo el siglo: depende de subvenciones del gobierno y de aportaciones de los particulares; no tiene poder, no es un jugador independiente entre el mercado y el gobierno; no es considerado en la toma de decisiones, pese a que es el pago esencial para el florecimiento de la sociedad. Sin él, todo se colapsa.

Y hemos aprendido la lección, porque cuando se colapsaron la Unión Soviética y

Europa Oriental, corrimos para introducir ahí compañías capitalistas. Muchas fracasaron debido a que los comunistas habían eliminado la sociedad civil: no había capital social, no había relaciones sociales ricas y una sociedad suficientemente cohesiva en la que se pudieran dar un mercado y un gobierno eficaz. El tercer sector no es producto de una legislación: es orgánico, tiene que ver con relaciones personales.

Creo que vamos a presenciar el surgimiento de este sector como una fuerza política autoconciente, en cada país y en cada comunidad. Ahora no hay conciencia sectorial. En México hay millones de personas que dedican tiempo a este sector pero no lo reconocen como una fuerza potencial que pueda ser central entre mercado y gobierno. Pero creo que van a adquirir esta conciencia por la siguiente razón: se va a liberar de este neocolonialismo debido a que los gobiernos se están redimensionando en todos los niveles, ya no se involucran fuertemente en las comunidades, ni siquiera están otorgando subvenciones; también el mercado se está convirtiendo en un mercado menos ligado a la comunidad y más global, más remoto. En todo el mundo el asunto de la comunidad está siendo dejado en las manos de las organizaciones del tercer sector, se le está liberando. Si no aprovechan la situación y no crean una poderosa nueva fuerza social se van a ahogar en las responsabilidades de las que se hacen cargo en lugares como la Ciudad de México.

Creo que veremos el surgimiento de este tercer sector como una fuerza política y social; factor que motivará el reposicionamiento —ya en acto— de los partidos políticos. Tradicionalmente ellos representan o al mercado o al gobierno, pero cada vez más partidos políticos se van a reposicionar y van a representar a los grupos del tercer sector, a la sociedad civil.

Michael Rocard, ex primer ministro socialista, escribió un prólogo a la edición francesa de mi libro (19 páginas) muy interesante (en muchos sentidos es mejor que el libro), donde afirmó: «Debemos repensar lo que es el partido socialista: pensamos que somos el partido del gobierno. Quizá nuestro ideal debió ser el de mantener a la comunidad, porque el corazón de nuestros ideales está en la sociedad civil, representando los intereses de la comunidad». Y no es el único en pensar en el reposicionamiento del partido; también lo hacen los partidos de centro y de derecha.

A medida que el tercer sector adquiera mayor conciencia de sí, se vuelva más politizado, más cohesionante socialmente, veremos políticos que basen su campaña electoral en la extensión de los valores de la sociedad civil —desde el momento que gobierno y mercado se retraen—. Así que, si hoy hay desempleados en México, si ya no son necesitados en el mercado ni en el gobierno y tenemos una fuerza del tercer sector, de todos los minigrupos, quizá se podría lograr que las organizaciones sin fines lucrativos se hicieran socias del gobierno local para recapacitar a decenas de miles de jóvenes para trabajos potenciales en los millares de organizaciones cívicas, sociales. Pero necesitamos desesperadamente crear capital social de vecinos. Necesitamos estar dispuestos a gravar un impuesto sobre una porción pequeña de las vastas ganancias de la nueva revolución tecnológica para tener una entrada cautiva de ingresos que permita que estos jóvenes creen más capital social en miles de organizaciones no lucrativas. Ésta es la virtud de la nueva revolución tecnológica: liberar a los jóvenes del mercado para algo más importante.

Y el mercado puede seguir produciendo los bienes y servicios que necesitamos con menos trabajadores; va a liberar a los jóvenes, para que nos movamos más allá del

mercado (del cual sin duda necesitamos) hacia la siguiente etapa de la civilización: que es concebir al capital social como la misión para la próxima generación: crear participación, relaciones, vínculos. Cosa que las computadoras no pueden hacer.

El tipo de trabajos del que hablo en el tercer sector es inmune a la tecnología: requiere de habilidades personales, íntimas entre personas. Una mujer o un hombre que dirijan un centro de cuidado infantil, responsables del desarrollo de la estructura neurológica de veinte niños, son algo demasiado complejo para cualquier tecnología del siglo XXI.

Con el surgimiento del tercer sector, vamos a ser testigos de un cambio cultural muy importante. Durante este siglo hemos considerado que los trabajos de alto estatus eran los de los profesionales, pero éstos (su mayoría) serán propios de las máquinas computarizadas en el futuro. Por otra parte, la sociedad trabajadora que hemos descuidado y marginado en el tercer sector, cuyos sujetos son principalmente las mujeres, fuera del mercado, sin remuneración, este trabajo es demasiado difícil y demasiado complicado para las tecnologías de la era de la información. Habrá entonces en el siglo XXI una reivindicación del estatus de trabajos que requieren de habilidades personales en el tercer sector como recompensa.

Pero lo anterior requiere un viraje en la política. Está dándose en México, ya empezó. Está sucediendo en España, en Italia. No sé si va a tener éxito, pero es definitivamente el principio de toma de conciencia de este tercer sector.

No sé si tendrá éxito, pero me parece una manera de repensar el contrato social. Ampliemos la visión para poder ver la sociedad como conformada por tres partes: necesitamos un sector de mercado fuerte, un gobierno fuerte y eficaz, y una sociedad civil vibrante, sin la cual los otros dos no pueden existir.

P. ¿Qué tipo de política, entonces?

R. Los gobiernos tienen que darse cuenta de que requieren una nueva misión. El Estado-nación surgió mano a mano con la era industrial, cuando tuvimos la capacidad de producir y distribuir productos sobre una gran área geográfica. El Estado-nación proporcionó la unión política que fue suficientemente amplia para proteger territorios y explotar recursos, crear infraestructuras y mantener los puestos de trabajo.

Por primera vez en la historia, ahora el comercio está pasando del espectro geográfico al electromagnético, y del territorio nacional a todo el globo. Es uno de los cambios más grandes de la historia. Imagine un mercado conducido en el ciberespacio, en el éter y ya no en la geografía.

Entonces, ¿cuál es el papel de los gobiernos del mundo, ya sean locales, estatales o nacionales, cuando las compañías son globales y operan sobre un espectro que no se basa en la geografía? Los Estados-nación necesitan ahora una nueva misión, así como los gobiernos locales: necesitan establecer sociedades con el tercer sector, después de doscientos años de hacerlo con el comercio, proveyendo incentivos para éste (ya devenido global).

Vamos a ver el surgimiento de más y más relaciones entre el tercer sector y los gobiernos. La geografía tiene el poder en el siglo XXI: hay dos puntos focales: uno es el comercio global, donde el poder es temporal. El otro poder es la geografía local, porque tarde o temprano los mercados tendrán que «aterrizar» en las comunidades. La geogra-

fía es poder: lo cual significa que los gobiernos locales van a darse cuenta de que su nueva esperanza de ser eficaces será desarrollar relaciones, tanto sobre bases formales como informales, con el tercer sector para hacer demandas al comercio global, para recibir ganancias en la comunidad. Dirán al comercio local: «¿quieres hacer negocio en esta comunidad geográfica? Éstas son las condiciones para ello».

Creo que la nueva política es una interconexión profunda e íntima entre el gobierno local y el tercer sector. Ambas fuerzas, cada una con su propia identidad, creando una red invisible, al tiempo que mantienen sus papeles respectivos.

Los gobiernos inteligentes no van a considerar al tercer sector como una amenaza a su poder, sino como la posibilidad de aumentar su capacidad de encontrar soluciones. Los gobiernos que actúen a la defensiva no van a tener éxito porque no van a tener el apoyo necesario para ser efectivos.

NOTAS

1. Jeremy Rifkin, licenciado en Economía por la Wharton School of Finance and Commerce de la Universidad de Pennsylvania y en Relaciones Internacionales por la Fletcher School of Law and Diplomacy de la Tufts University. La entrevista fue realizada el 22 de noviembre de 1996, en el marco de la promoción del texto de J. Rifkin por la Editorial Paidós. Agradecimientos a Laura Lecuona por su oportuna invitación.

2. A. Attili es profesora de Filosofía de la UAM-I y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y es miembro del Proyecto de Filosofía Política de IIF-UNAM.

3. Denominación del trabajo temporal, incorporado y despedido según exigencias del momento marcadas por el mercado. El nombre fue sugerido por una analogía entre dicha forma de trabajo eventual de la década de los noventa y la revolución de los años ochenta del inventario *just-in-time* (producción sin inventario o «sólo si necesario», cfr. *El fin del trabajo*, p. 129); analogía sugerida por Nancy Hutchens (p. 230).

4. Cfr. *ibid.*, p. 268.